

cundo de tu eredicion, recitando los tres mil autores hispano-mexicanos cuya historia trazastes: pero ya es imposible porque los tiempos modernos reclaman mi atencion.

II.

Vosotros mejor que yo, Señores Académicos; sabeis que al emanciparse México de la Madre Patria, no faltó quien quisiera romper todos los vínculos y de renegar de todas las tradiciones que nos ligaban á nuestro pasado. Nadie, empero, pretendió jamás, ni podia pretender trocar nuestro idioma español por alguno de los dialectos indígenas ó por otra lengua extranjera. Se aspiró, si á modificarla, á formar una literatura especial, á revestir nuestras letras con un traje de nueva forma y exclusivamente mexicano; pero estos esfuerzos sirvieron solo para probar con los hechos la verdad del axioma asentado en ocasion semejante, á la que hoy nos congrega y delante de la Academia Española, por el ilustre orador contemporáneo: *si el estilo es el hombre, la lengua es la nacion*.

En efecto, parece que el idioma español del uno y del otro lado del Atlántico, se niega á expresar sonidos que no sean ortodoxos, no puede plegarse á los ecos de la impiedad. Una que otra ligera tentativa que en este sentido se ha hecho en nuestro suelo, ha producido resultados tan tristes, ha sido para sus autores tan perniciosos que ellos mismos cambiaron de rumbo, ó su memoria como dice la Escritura pereció al mismo tiempo que se perdieron en el aire los ecos de su lengua *perit memoria eorum cum sonitu*. Aun no ha pasado la generacion que los vió nacer y vegetar, y ya el olvido mas completo, ha sepultado sus funestos ensayos, al grado que si quisiera hoy evocar su memoria, trabajo tendria para desenterrar sus nombres y sus escritos; y ellos mismos al oirse llamar á juicio en este templo,

huirían espantados, y nós volverian las espaldas como la sombra de la culpable Dido al llamamiento del piadoso Eneas.

Por el contrario, al abrir los libros mexicanos que en ambos continentes son ahora leídos y admirados; que son vistos con aprecio aún por los adversarios de sus autores, en religion ó en política, y con veneracion por los mismos que profesan los mismos principios; al recorrer sus páginas y compararlas con las del *Libro de la Vida* y con las producciones de los inmortales ingenios que en la Nueva y la Vieja España, florecieron en los mejores siglos de nuestras letras, he encontrado tal fuerza de doctrinas, tal solidez de juicio, tal moralidad de ideas, tal elegancia de dición, que no he podido menos que repetir con el orador ántes citado; *si el estilo es el hombre, la lengua es la nacion*.

Si: quien quiera immortalizarse escribiendo en el idioma de Cervantes, es fuerza que profese y que vierta las doctrinas de Teresa de Jesus y Luis de Leon; de otra manera, sepa que se condena á eterno olvido, y que las generaciones venideras no proferirán su oscuro nombre ni aún para maldecirlo. Si, mientras hablemos el idioma español, mientras cultivemos, la lengua castellana, es imposible romper con las tradiciones y el pasado, y no hay peligro por consiguiente, de que se pierda en México la religion ni la piedad. Pocos nombres, Señores, puedo y basta citar; pocos libros me permiten abrir delante de vosotros, vuestra paciencia ya demasiado probada; pero estos nombres y estos libros caros por mil títulos á mi y á mi auditorio, demostrarán suficientemente la verdad de mi aserto, que á uno que otro quizas habrá parecido atrevido.

No os extremezcáis, por vida vuestra, al oirme evocar ántes que todos, la memoria ilustre del esclarecido D. Lucas Alaman. La tempestad que en torno suyo se agitó durante su vida, no está todavía calmada; pero ya no son tan altas las olas de la

calumnia, ni tan recio el soplo del contrario viento de la indignacion y el enojo, que impidan á un espíritu que se eleva sobre el nivel del vulgo, el juzgar desapasionadamente su célebre figura. Sobre todo, Señores, no vamos á examinar al político, sino al cristiano y verídico historiador, al elegante escritor y al filósofo, que pudo engañarse en sus juicios, y que en realidad se engañó en no pocas de sus predicciones; que pudo errar, y erró, en la narracion de uno que otro suceso; pero que, ni faltó voluntariamente á la verdad histórica, ni dejó de rectificar los hechos que le señalaron como adulterados.

Permitidme que os presente el retrato que el gran historiador hizo de sí mismo, aplicándose las palabras del célebre orador ingles: "La única recomendacion que puedo hacer de mis opiniones, es la larga observacion que me ha conducido á formarlas, y la mucha imparcialidad con que las he manifestado: ellas son las de un hombre que no ha servido de instrumento al poderoso, ni ha sido adulador del grande y que en sus últimas acciones no desmentirá el tenor de su vida, en cuyo pecho ningun odio verdadero ó vehemente se ha encendido jamás, sino contra lo que ha considerado como tiranía que aspira poco á honores, distinciones y emolumentos, y que no los espera en manera alguna, que no mira con desprecio la fama, pero que tampoco teme la maledicencia; que evita las disputas, sin dejar por esto de aventurar sus opiniones; que quiere ser consecuente á sus principios, pero que quiere serlo variando los medios para asegurar el fin, y que cuando el equilibrio del bajel en que navega, corre riesgo por cargarse todo el peso á un costado, está dispuesto á llevar el pequeño lastre de sus razones al punto que convenga para conservar ese equilibrio."

Los que lo conocisteis, Señores, podeis dar testimonio de la fidelidad de la pintura. Recordad que hallándose en la mitad de su cuarto lustro lo sorprendió el primer grito de independen-

cia, y corrió grave riesgo de ser inmolado por los que acababan de lanzarlo; que fué testigo presencial de los luctuosos acontecimientos de aquella época y que la terrible impresion que dejaron en su ánimo, jamás se borró en su larga carrera. No extrañeis, por tanto, el que tan severamente haya condenado á ciertos personajes y ciertos acontecimientos.

"He pintado á los hombres tales como los he conocido y referido las cosas como las he visto que pasaron. No he presentado colosos, como algun otro escritor lo ha hecho en estos dias, por que no he encontrado mas que hombres de estatura ordinaria, ni he atribuido á grandes ni profundas miras, sucesos que se explican naturalmente por otros contemporáneos, y que no solo no presentan nada heroico, sino que mas bien fueron originados en causas poco nobles."

Si hubiera vivido lo bastante para ver el trono derribado en España, y proclamados allí y en casi toda Europa, los propios principios que entre nosotros, si hubiera oido el grito de Dios, Patria y Rey, lanzado en las montañas de Vizcaya por un grupo no más numeroso que los caudillos de Dolores; si la vida le hubiera alcanzado para ver á la Cruz sagrada de Saboya cobijando á los sacrilegos invasores del Patrimonio de S. Pedro, ni más ni menos que el estandarte de la Virgen de Guadalupe, cubria con su sombra á nuestros insurgentes, si le hubieran llegado los ayes lanzados por las víctimas Comunes de Paris y de los Cantonistas de Cartagena y las quejas de los Polacos y Turcos, sacrificados por el moscovita en nombre de Cristo, decidme Señores, habria modificado algun tanto su modo de ver nuestras cosas, habria atenuado sus expresiones? Yo no lo sé, en verdad, pero sí me atrevo á afirmar que si tal hubiera sucedido, no habria vacilado en hacer las justas rectificaciones; porque su intento al escribir la historia moderna de México, y sus disertaciones sobre la antigua, no fué hacer prevalecer determinada opinion, ni

imponer á sus contrarios ciertos principios, sino proclamar la verdad pura, la verdad sin adornos, tal como él la concebía y la miraba. ¿Se sonrie quizá alguno de mis oyentes? Escuche al mismo esclarecido autor.

Iter hujus sermonis quod sit vides; at respublicas firmandas, et stabiliendas vires, sanandos populos omnis nostra pergit oratio. Echase de ver, (decía Ciceron en su admirable tratado sobre las Leyes), cual es el objeto de este discurso. Todos nuestros esfuerzos se dirijen á afirmar la república, establecer sus fuerzas y remediar los males de los pueblos; si no puedo lisonjearme de proponer el medio con que se logre curarlos, habré por lo ménos manifestado con claridad y verdad en que consisten, para que otros tengan la gloria de acertar á reformarlos..... No tengo la presuncion de creer que la reforma que he propuesto sea la mejor; mas el haber manifestado mis ideas, largo tiempo ha meditadas, será acaso motivo para que otros, expongan las suyas con mayor acierto, saliendo del camino trillado. Basta que no se desespere de la salvacion de la Patria, para que se trabaje con empeño en procurarla.

¡Ved ahí el tipo del verdadero patriota y del cumplido caballero, que ni se forja ilusiones, ni abandona á la República, en sus trances más apurados; que ni se ciega por el amor de la Patria, ni deja de admirar su belleza, sus elementos, de prosperidad, sus fuentes de riqueza! Escuchad ahora al cristiano, concienzudo, y aún escrupuloso, que al hablar de celebridades contemporáneas, tiembla ante la idea de mancillar su reputacion ó de herir susceptibilidades: "Si alguno se creyese ofendido, tendrá que darse él mismo á conocer haciéndose denunciante de su propia culpa, la que si he tenido que referir, ha sido callando el nombre del culpable. ¡Oh! quien quiera que seais, venerad la memoria de nuestro gran historiador; y si juzgais que á pesar de su buena intencion, las pasiones hu-

manas, de que es imposible al hombre desnudarse del todo, lo hicieron desviarse algun tanto del recto sendero, que deseara seguir, no lo condeneis, no; orad, sí, por su alma al Dios de las misericordias.

Dulce y simpática, sin sombra de rencores, sin nubes de persecuciones ni resentimientos, es la figura del poeta y filósofo que ahora llamo á presentarse ante vosotros. Desde sus primeros años pulsa la lira, y lo hace con tal maestría y tanta dulzura que llama la atencion de sus contemporáneos, y lo circunda una aureola que no ha conocido ni conocerá igual en nuestra patria. En el último tercio de su vida consagra su pluma, todavía vigorosa, á la controversia política, religiosa y filosófica; y admirado de los suyos, respetado de sus adversarios, baja al sepulcro venerado de todos, y sin dejar en pos de sí, mas que recuerdos dulces, gratos, sagrados. ¿Quién hay de vosotros, Señores, que no se echase al escachar el nombre dulcísimo de D. José Joaquín Pesado? Muchos imitadores tendrá Petrarca en nuestro suelo; pero los versos del apasionado cuanto casto cantor de Elisa, serán recitados con gran veneracion y acatamiento por cuantas generaciones produzca México. Se podran multiplicar las versiones en prosa y verso de los inspirados escritos de Salomon; pero la traduccion métrica del *Cantar de los Cantares* de Pesado, será siempre la favorita entre nosotros, jóvenes y viejos harán reconocer en el siglo venidero, lo mismo que hace cuarenta años, la terrible maldicion á Jerusalem, y desde el literato que admira la bella paráfrasis del español Jáuregui, hasta el niño que por primera vez aprende la medida del verso castellano, repetirán entusiasmados el retornelo con que adornó su version del Salmo *Super flumina Babylonis*.

En un sauce, ludibrio del viento,
Para siempre mi lira colgué.

Tocó á Pesado una época en extremo azarosa, y sobre todo su vida política fué bien agitada. No ignorais que á los principios pagó algun tanto el tributo á las ideas dominantes; pero reparó con usura el mal que con esto pudo ocasionar á la causa religiosa, no solo con su conducta exemplar y cristiana, así en público como en privado, sino con los admirables escritos, que no habeis olvidado, y que publicó en "La Cruz."

Delicada y espinosa fué la mision de este periódico, (dice el biógrafo y colaborador de Pesado,) y grande su influjo en la opinion pública, y acaso hasta en el ánimo de algunos de los personajes que figuraban en el gobierno. El saber, y la inflexible lógica de Pesado presentaban en su verdadero aspecto las cuestiones políticas religiosas debatidas, resolviéndolas radicalmente en contra de la administracion y del partido preponderante, y respecto de moderacion y de tacto, basta decir que la publicacion á que me refiero duró casi tres años en el foco de los mas opuestos intereses y de las pasiones mas exaltadas, sin que uno solo de sus adversarios pudiera quejarse del menor agravio personal, y sin que la hiriera una sola providencia gubernativa á pesar de que la tolerancia en materia de imprenta, distaba mucho de ser lo que hoy.

¿A qué debió Pesado, Señores, esa popularidad universal en medio de las mas funestas tormentas políticas? ¿Qué lo escudó de las persecuciones y rencores de que casi nadie se vió entónces exento? Sin duda que contribuyó mucho su carácter dulce y afable, su proverbial honradez, su rectitud cristiana; pero á mi juicio le valió mas que todo, la fama que justamente habia adquirido y que cada dia aumentaba, cultivando la poesia. No sé, Señores, ó mejor dicho, no quiero descifrar, si es realidad ó fábula la historia del piadoso delfin, que encantado con los versos que entonaba Arion al éco de su cítara, lo salvó de la muerte á que lo condenaron inícuos marineros. Lo

que si es una verdad histórica, es la salvacion de aquellos prisioneros que debieron su vida á haber recitado á sus carceleros y vencedores, algunos trozos del gran clásico griego. Lo que es indudable es que la poesia atrae, cautiva, desarma, y que por enemigos que seamos en ideas y en intereses de quien cultiva este arte encantador, nos sentimos impulsados á amarlo, y le perdonamos cuanto contra nosotros haga ó escriba, en obsequio de su armonioso cantar.

Tal juzgo Señores que sucedió á Pesado. ¡Ojalá que en la poesia tambien hubiera ejercitado su colosal talento, como lo hizo en todos los demás ramos de literatura, el otro gigantesco ingenio que floreció contemporáneamente! Quizas, entónces, nuevo Arion, habria hallado algun delfin piadoso que lo sacase de las olas de la tribulacion que al fin lo sumergieron. Pero la persecucion y la amargura hirieron de tal suerte al primer Arzobispo de Michoacan, que cortando el vuelo á su génio, al fin lo sofocaron del todo; y á una edad muy léjos de ser avanzada, terminó su vida en el destierro, sin que permitan hoy dia las pasiones no del todo extinguidas, el que vengan á reposar sus restos, en la patria que tanto amó.

El ilustrísimo Sr. D. Clemente de Jesus Munigua, empezó sus estudios á una edad en que generalmente, ya se lleva vencida más de la mitad de la carrera; al espirar su cuarto lustro. Con todo, avanza tan rápidamente que presto es abogado, ilustra el foro de Morelia con brillantes alegatos, es profesor y escribe para sus discipulos estensos tratados sobre retórica; y cursos completos de derecho natural y canónico; se le nombra orador en festividades cívicas, y asombra por su elocuencia y patriotismo. Recibe las sagradas órdenes, y se capta gran reputacion en el púlpito, donde á pesar de su figura poco graciosa, atraia como Ulises la admiracion de los oyentes; y quizá no habeis olvidado, que siéndole molesto aprender de

memoria y no estando jamás contento de sus obras, hubo veces que un sermón dictó á su amanuense, otro improvisó en el templo y otro dió á la imprenta; sobre el mismo asunto y en la misma festividad. Nombrado Obispo, juzga no deberse prestar al principio á cierta fórmula de juramento, que creé atentatoria á los derechos de la Iglesia, y con sorprendente fecundidad pública nada ménos que un volúmen en apología de su conducta. Recibida la consagración episcopal, no se contenta con dirigir á los fieles, una que otra pastoral aislada, sino que compila varios tomos de instrucciones sobre casi todos los puntos del dogma católico, y dedica á sus seminaristas unos voluminosos *Prolegómenos á la Teología Moral*. Entra en conflicto el Estado con la Iglesia, y de la pluma del doctísimo Prelado salen las protestas y defensas que ya á nombre suyo propio, ya al de todo el episcopado, contienen el torrente y ponen en salvo las conciencias. Insulta un almirante inglés á México y al catolicismo y el esclarecido Obispo, (entonces) de Michoacan, lo confunde lanzándole al rostro un entero volúmen. Reniega mas tarde el gobierno imperial de los principios y personas á que debiera su origen, y el Arzobispo Munguía defiende los derechos de la religion y de la patria, con tal vigor con tal destreza, tal prontitud que no se encuentran otras razones que oponer á su lógica, sino un disimulado destierro. ¡Oh vida gloriosa consumida en el cultivo de las letras y en la defensa de la Iglesia! Tiempo vendrá en que todos se llenen de estúpido al recordarte; por ahora bástenos orar por tu alma, y honrar la memoria del insigne varón.

No habreis llevado á mal, Señores Académicos, el que, dejando al corazón seguir el rumbo que le trazaran sus afectos, me haya detenido de preferencia á hablaros de Alaman, Pesado y Munguía. El primero vió la luz en las mismas montañas, en que yo abrí los ojos; el segundo dirigió mis manos en las

primeras pulsaciones de la lira que aun no hago pedazos; el tercero me inició en la sagrada milicia clerical. Afortunadamente la gratitud y el deber, el amor y la justicia, el afecto y las letras, se unieron esta vez para indicarme un mismo camino; y en la imposibilidad en que me hallo de mencionar á todos y cada uno de nuestros ingenios, espero que habreis aprobado la elección de los tres más eminentes que florecieron bajo la dominación española, de tres de los más insignes que han honrado á México independiente. En estos últimos notamos un lenguaje puro y castizo, pero sin afectación ni arcaismos, no aman las novedades, pero no desdeñan algunos neologismos, ni se avergüenzan de nuestros términos provinciales, se glorían de escribir en castellano, pero no temen hacerlo al estilo de nuestra patria. Llamo vuestra atención á esta particularidad, Señores Académicos, porque se me figura que tal ha de ser nuestra mira, por lo que toca á la forma exterior; y me fundo en el trabajo que la Real Academia Española, ha encomendado á todas las Academias, hermanas ó hijas suyas de América de reunir los provincialismos en estas regiones usados, para incorporarlos en el gran diccionario. Difícil es adivinar si al idioma castellano, acaecerá lo que á la lengua latina, y si en el trascurso del tiempo en el Chile y en Venezuela, en México y Buenos Aires se hallarán idiomas diversos entre sí, aunque hijos todos de la Madre común, y que tengan el mismo parentesco con la lengua española, que el francés ó el italiano, el portugués ó el castellano con la antigua lengua de Lacio. Sea como fuere, nuestro deber es influir para que la marcha progresiva del idioma sea ordenada, gradual y magestuosa, digna en el fondo y en la forma de las letras que hasta ahora nos han precedido, y constituyen nuestro modelo. Es indispensable que mientras nos gloriamos de hablar el castellano, lo conservemos en toda su pureza, aunque sin desdeñar lo nuevo que

sea digno de introducirse en su tesoro; y que con tal mira estemos unidos con fuertes vínculos cuantos cultivamos las letras en la Vieja España y en las Repúblicas americanas. A este fin se estableció nuestra Academia Mexicana, y se fundaron las demás correspondientes de la Real Española, en Nueva Granada y Venezuela, en el Perú y en el Ecuador, en el Salvador y en Bolivia, en Chile y en la República Argentina.

Justo es, Señores, que rindamos el debido homenaje al grande iniciador de este sublime pensamiento, muerto hace tres años, en este mes nefasto, que arrebató de los vivos á *D. Juan Ruiz de Alarcon*. Aunque cobijado con el pabellon español, *D. Fermin de la Puente* y *Apecechea*, nos pertenece de un modo especial, pues nació en nuestra ciudad de México, cuando las dos Españas no eran más que una patria. La Providencia lo llevó á la antigua; pero su corazon quedó en la Nueva, y sus constantes aspiraciones fueron ver á entrambas unidas, con los únicos lazos posibles en el dia: *de lengua, de la comun historia, de los comunes intereses y creencias*. En parte las vió realizadas con la creacion de nuestra academia correspondiente; restáanos á nosotros el llevar á cabo por completo los deseos de ese ferviente católico y de ese literato, que con igual maestria tradujo la *Encida* en octavas castellanas y los *Libros Sapienciales* en varios metros, que con igual gusto vertía la *Clave del Derecho* y dictava sus comentarios al *Fuero Juzgo*. Veneremoslo como padre de nuestra Academia, é imploremos para su alma el eterno descanso. ¡Ah Señores! ¡Cuánto siento no poder ya detenerme á hablaros de nuestro primer Director, y de los dos colegas que nos arrebató la muerte, no ha mucho, y que han dejado un vacío tan lamentable en nuestra corporacion! ¡Cuánto me pesa no haber podido hablaros del insigne *Gorostiza*, ni de *Heredia*, nuestro, aunque nacido en Cuba, ni de *Rodriguez Galvan*, ni de *Calderon*, el dramático de *Zacatecas*! ¡Perdonad

mi silencio, *Ochoa*, *Navarrete*, *Sartorio*, *Sanchez de Tagle*! ¡Oh *Carpio*, altísimo poeta, sin par entre nuestros cantores religiosos. ¡Por qué no me concede el Señor cien lenguas para repetir continuamente tus armoniosos salmos? ¡*Couto*, defensor elocuente de la *Constitucion de la Iglesia* en la prensa, y del derecho oprimido en el Foro! ¡*Cuevas*, que con ojo penetrante investigaste en el *Porvenir de México*! ¡*Arrillaga*! que con tu interminable *facundia mexicana*, (como plugo llamarla á tu vencido adversario) tremolastes tan alto la Bandera de nuestra antigua Universidad! ¡Que no me sea dado pronunciar vuestros loores! ¡Os ofendereis si no os elogio, ambos *Lacunzas*, *Rodriguez de San Miguel*, *Bustamante*, *Quintana Roó*, *Luis de la Rosa*, *Conde de la Cortina*, *Fray Manuel de San Juan Crisóstomo*? Habria querido encomiarle *Isabel Prieto*, que moriste cantando en extranjera region. Pero si es imposible mencionaros á todos, no lo es orar por vuestras almas, y el ofrecer por vuestro reposo, el Incruento Sacrificio,

Tambien por tí lo hemos ofrecido, *Miguel Cervantes Saavedra*, y por tí, *Calderon de la Barca*, y por vosotros *Luis de Leon*, *Ercilla*, *Garcilazo*, *Herrera*, *Tirso de Molina*, *Solis*, *Mariana*, *Villegas*, *Melendez*, y por cuantos en el antiguo continente cultivasteis las letras españolas; ni os he olvidado á vosotros, ¡pacíficos conmitones y hermanos de la América del Sur! Limitado es nuestro lenguaje, presto se fatiga la voz humana, y el oido más fuerte se cansa despues de breves minutos, aún de aquello que más le halaga, pero el valor del sacrificio del altar es infinito, y á todos os comprende, y á todos abraza.

¡Oh Santa Religion Católica! ¡Cuan bello es el lazo que nos une á cuantos tenemos la dicha de profesarte! Si no tuvieramos fé en la resurreccion, si no supieramos (perque Dios lo ha revelado) que nuestras oraciones alivian á nuestros hermanos difuntos, ¿de que servirian estas pæces, para que organizar es-

tas fúnebres ceremonias? Si no abrigamos el consuelo, de que todos aquellos por quienes hemos venido á orar en derredor de esta tumba, murieron en la paz del Señor ¿de que serviría pronunciar en su honor fútiles alabanzas? ¡Pero no! No hay peligro de que pueda aplicarse á nuestros literatos lo que decia el grande Agustin de las antiguas celebridades paganas. *¡Infelices! Se os alaba donde no estais y sufris atroces tormentos allí donde en realidad os encontrais.*

Señores Académicos: que jamas pese tan terrible anatema ni sobre nosotros ni sobre literato alguno de nuestra patria. El camino, bien lo sabeis. Basta seguir nuestras tradiciones, basta imitar á nuestros grandes ingenios, no solo en la pulcritud del idioma, sino tambien en la pureza de las doctrinas. Viértanse heregías en el idioma de Lutero; disemínese la impiedad en la lengua de Voltaire, atáquese á la Iglesia en el dialecto de Knox y de Wickliff, pero del idioma de Teresa de Jesus y de Juana de la Cruz, de Luis de Granada y de Malon de Chaide ¿que debe esperarse sino ecos en todo conformes con las doctrinas de la Iglesia, con la sana moral, con el ascetísimo mas puro?

Y desgraciado, Señores, del que quiera apartarse de este sendero. No espere para su alma la salvacion, ni para su nombre la inmortalidad; ni abrigue la ilusion de que demos cabida á sus restos en ese túmulo sagrado, á que descendió D. Juan de Alarcon y que permanece aún abierto, y quedará mientras México exista preparado para recibir á todos los que en nuestro suelo cultiven las letras españolas como buenos cristianos y como verdaderos patriotas. Oremos, Señores, oremos por todos nuestros compañeros en la milicia de las letras; que antes de nosotros han sucumbido en el rudo combate. Carguemos sus restos sobre nuestros hombros, rindámosles los últimos honores, perpetuemos su memoria en la tierra, y no cesemos de

ofrecer por ellos, sacrificios, para que el Señor les abra las puertas de la Gloria.

ALGUNAS OBSERVACIONES *

A LA ORACION FÚNEBRE PRONUNCIADA POR EL ILUSTRÍSIMO SR. D. IGNACIO MONTES DE OCA, POR EMILIO DEL CASTILLO NEGRETE.

I.

El día 3 de Agosto del presente año han tenido lugar en el templo de la Profesa, unas santosos honras consagradas á la memoria de D. Juan Ruiz de Alarcon y demas ingenios mexicanos y españoles. Esta solemnidad ha sido dispuesta y expensada por los académicos mexicanos, correspondientes de la española, entre cuyos miembros figuran las siguientes personas que asistieron: D. Alejandro Arango y Escandon, D. Joaquin García Icazbalceta, D. José María Roa Bárcena, Illmo. Sr. Dr. D. Ignacio Montes de Oca, Dr. D. Manuel Peredo, D. Angel de la Peña, presbítero D. Melesio J. Vazquez, D. Sebastian Segura y D. Adolfo Llano y Alcaráz. El templo estaba severamente adornado. Terminada la misa que celebró el Illmo. obispo de Oaxaca Dr. D. Vicente Márquez, el orador nombrado por los académicos, Dr. D. Ignacio Montes de Oca, ocupó el púlpito y pronunció en medio del mas profundo silencio de una selecta y numerosa concurrencia, un elocuente discurso.

* Estas observaciones fueron publicadas á los dos dias de haberse circulado este discurso.